

XXI Domingo Tiempo Ordinario

Isaías 22, 19-23; Romanos 11, 33-36; Mateo 16, 13-20

« Y vosotros, ¿quién decís que soy yo? »

21 Agosto 2011 P. Carlos Padilla Esteban

« Cuando te invoqué, me escuchaste, acreciste el valor en mi alma »

Hemos celebrado esta semana una gran fiesta de miles de jóvenes que se han reunido con Benedicto XVI. La llamada «*Generación de Benedicto XVI*» ha llegado de todas partes del mundo para celebrar en Madrid la alegría de ser cristianos. Con cierta ironía han comentado algunos medios en estos días que estamos ante una «*marcha del orgullo católico*». La referencia a esta jornada mundial como una manifestación del orgullo de ser católico sí que me alegra. Claro que estamos orgullosos de ser católicos, de ser cristianos, y por eso nos alegra manifestar al mundo nuestra fe y se nos llena el pecho al ver a tantos jóvenes alegres, pacíficos y llenos de vida corriendo por las calles. Como dice Benedicto XVI: «*Nos hemos de liberar de la falsa idea de que la fe ya no tiene nada que decir a los hombres de hoy*». Los católicos tenemos mucho que decir al mundo que vive sin esperanza y perdido. Decía este domingo el Papa en Cuatro Vientos: «*No os guardéis a Cristo para vosotros. Comunicad la alegría de vuestra fe. Id al mundo entero y sed discípulos de Cristo*». Cuando en estos días nos reunimos como católicos, no lo hacemos para atacar a nadie, no criticamos, no queremos demostrar nada. Es la diferencia como cristianos, nos reunimos para entregar la paz que hemos recibido de Dios. Esa paz que nos entrega Cristo desde la cruz al hacernos hijos. Pero ese espíritu de paz no siempre es bien recibido. Es lo que ha sucedido a lo largo de la historia de la Iglesia. La actitud pacífica del cristiano desconcierta al que no cree y despierta su animadversión. Pero sabemos que el odio no le hace bien al hombre, lo deshumaniza y no le trae la felicidad anhelada. Tampoco la ira conforta el alma, ni la crítica, ni la lucha abierta, ni el deseo de venganza. El corazón del hombre sólo descansa en el bien, en la bondad, en la verdad, en la paz recibida. Por eso nos congregamos, para hacer visible el deseo de Dios con el hombre, que quiere que seamos más libres y que nuestra vida sea plena y verdadera. Que quiere que seamos hijos dóciles y humildes, porque el orgullo nos aleja de su amor. Como decía al llegar a Madrid Benedicto XVI: «*Sí, hay muchos que, creyéndose dioses, piensan no tener necesidad de más raíces ni cimientos que ellos mismos*». Dios quiere que nuestro amor sea nuestra carta de presentación y la señal de nuestra pertenencia a Dios. Dios nos quiere hijos necesitados para poder así manifestar su amor al mundo. **Somos testigos de la esperanza.**

En estos días, me comentaban que en la vida podemos viajar en el vagón de los perdedores o en el de los ganadores. Es curioso, a veces podemos llegar a pensar que hemos sido tocados por el dedo de Dios, cuando la vida nos sonríe y parece que todo lo que tocamos se convierte en oro. Pasamos en medio de los hombres decidiendo a cada paso lo que está bien y lo que está mal, juzgando a los demás y pensando que nosotros sí que hacemos las cosas bien, y no el resto. Nuestro vagón es el bueno, el de los triunfadores, el de los admirados y envidiados. Hace poco lo describía así una persona que ahora se encuentra enferma: «*Siempre pensaba que estaba en el vagón de los elegidos. Ahora me parece que estoy en el vagón de los perdedores, allí donde nunca pensé que pudiera llegar a estar. Me faltan fuerzas para aceptar que ahora no todo me sale bien. No sólo yo soy vulnerable, todos los que me rodean también lo son*». El vagón de los triunfadores es el

importante y en ése pensamos que viajamos muchas veces. Es el vagón soñado. Planeamos nuestra vida pensando en que todo nos va a resultar bien y miramos con cierta compasión, y algo de desprecio, a los que forman parte del vagón de los perdedores, de aquéllos que no logran hacerse con el control de sus vidas. Pero puede ocurrir que, súbitamente, todo cambie. Cuando pensábamos que nada iba a cambiar, algo sucede. Entonces experimentamos que somos vulnerables. Y la vulnerabilidad nos parece difícil de digerir y nos asusta, no estamos preparados para algo así. Al sentirnos débiles, no sólo comprendemos que no somos eternos, sino que empezamos a pensar que los demás tampoco lo son. Nuestros amigos y familiares también pueden fracasar y eso nos asusta. Formar parte del vagón de los que no valen tanto resulta complicado. Lo duro es **que no estamos acostumbrados a sentirnos frágiles y a mostrarnos así ante el mundo.**

Pensamos a menudo que nuestra vida es eterna. El otro día Harrison Ford decía: «*¿Viejo yo? ¡Si estoy planeando vivir para siempre!*». Este pensamiento es frecuente. En el subconsciente no aceptamos la fugacidad de nuestros días, la debilidad de la enfermedad, la fragilidad de la vida y queremos vivir para siempre y dejar huella. Por eso tantas veces dejamos para mañana lo que nos asusta, porque creemos que vamos a vivir siempre y que tenemos mucho tiempo por delante. Por eso no nos preocupa el paso del tiempo, porque tenemos todo el tiempo del mundo. No tememos ni el fracaso, ni la derrota, ni la muerte, porque no entran dentro de nuestros planes, como si estuviéramos protegidos frente al mal. El otro día un chico de dieciocho años sufrió un duro accidente de bicicleta y se ha quedado en silla de ruedas. En un solo segundo ha cambiado su vida y la forma de mirar el futuro. Sólo desde Dios es posible afrontar una enfermedad inesperada que cambia todos los planes. Pasar de golpe de ser elegidos a ser compadecidos no es fácil de asumir. No nos gusta que nos compadezcan. Hay cierto orgullo de pertenecer al vagón de los elegidos y autosuficientes que no necesitan a nadie para vivir. Y, al vernos vulnerables, todo cambia. Cuando no nos admiran ni envidian la vida que llevamos, nos sentimos molestos y algo solos; cuando simplemente nos acompañan en silencio y se preocupan inquietos por nuestro futuro, no nos sentimos tan alegres. Entonces nos vemos perdedores, fracasados y no logramos aceptar ese cambio de planes inesperado. La capacidad para enfrentar las dificultades, llamada Resiliencia, nos permite enfrentar las adversidades y mantenernos en pie de lucha, perseverar con tenacidad y actitud positiva, avanzando en contra de la corriente. Pero, además, en esos momentos, es la esperanza en un Dios que conduce nuestra historia lo que logra llenarnos de paz y nos fortalece en el camino. Miramos a Dios y entonces nos llenamos de ese fuego que nos permite confiar en la mano bondadosa de Dios guiando la historia, aunque no entendamos. Descubrimos que no somos perdedores, porque Él ya ha vencido para siempre y la muerte ya no tiene poder. Descubrimos que la vida junto a Él tiene un nuevo valor y que no podemos vivir sin soñar con nuevas metas. El otro día leía: «*Había descubierto que las metas siempre están frente a nosotros, y que una vez superadas cambian de nombre y de naturaleza, se pierden en el pasado y otras ocupan su lugar*»¹. Los cambios de planes siempre nos abren a nuevos caminos y nos dan nueva vida. **Tenemos que seguir luchando y abriendo nuevos caminos. No podemos dejar de esperar.**

En esta semana de la JMJ, miles de jóvenes han manifestado en Madrid que el motivo central de sus vidas es Cristo, que Él es el cimiento verdadero. Han escuchado la pregunta de Jesús: «*¿Quién decís que soy yo?*» y han respondido con un corazón lleno de esperanza: «*Tú eres el que da sentido a nuestros sueños, el que nos muestra el camino verdadero, el que nos hace creer en lo imposible, el que nos deja ver que nuestra vida realmente es eterna*». Cuando responden así a la pregunta de Jesús en sus almas todo cambia. Es verdad que los «*indignados*» hacen ruido, pero estos días han sido los «*esperanzados*» con su alegría

¹ Montecarlo, Eva Snijders, Ángel María Herrera, “El consejo”, 228

llena de paz los que han hablado más fuerte, los que han sembrado semillas de optimismo en un mundo apagado y sin esperanza. Han compartido la fe jóvenes de muchos países y carismas diferentes. Aquellos que van en vagones de triunfadores, junto a los que van en vagones de perdedores a los ojos del mundo. Aunque para Dios no hay vagones de distintas clases. Él nunca hace distinciones. No le importan nuestros títulos, ni nuestras joyas, ni tampoco los méritos adquiridos. No se fija en nuestra belleza física, ni en nuestra juventud, sólo se ve nuestra alma herida abierta y nos abraza con cariño. Este encuentro ha despertado la esperanza allí donde el hombre sin fe sólo siembra dolor y vacío. Las palabras del salmo de hoy han resonado en muchos corazones llenos de vida: *«Señor, tu misericordia es eterna, no abandones la obra de tus manos. Te doy gracias, Señor, de todo corazón; delante de los ángeles tañeré para ti, me postraré hacia tu santuario, daré gracias a tu nombre. Por tu misericordia y tu lealtad, porque tu promesa supera a tu fama; cuando te invoqué, me escuchaste, acreciste el valor en mi alma. El Señor es sublime, se fija en el humilde, y de lejos conoce al soberbio»* Sal 137, 1-2a. 2bc-3. 6 y 8. El Dios de los pobres y humildes abraza a todos los hijos que se postran llenos de esperanza, de los niños que confían en los planes que no entienden. Como S. Pablo nos recuerda hoy, los planes de Dios son los que merecen la pena, Él sabe lo que nos conviene en realidad: *« ¡Qué abismo de generosidad, de sabiduría y de conocimiento, el de Dios! ¡Qué insondables sus decisiones y qué irrastrables sus caminos! ¿Quién conoció la mente del Señor? ¿Quién fue su consejero? ¿Quién le ha dado primero, para que él le devuelva? Él es el origen, guía y meta del universo»*. Romanos 11, 33-36. Su sabiduría es eterna y nos ilumina el corazón. **Por eso caminamos confiados, llenos de esperanza, seguros en sus manos. Sabemos que Él es la respuesta y confiamos.**

Hoy las lecturas nos confrontan con a una pregunta que nos hace plantearnos cómo estamos viviendo: *«Jesús preguntó a sus discípulos: -¿Quién dice la gente que es el Hijo del hombre? Ellos contestaron: -Unos que Juan Bautista, otros que Elías, otros que Jeremías o uno de los profetas. Él les preguntó: -Y vosotros, ¿quién decís que soy yo?»* Jesús quiere saber lo que el mundo dice de Él, lo que la gente opina sobre su vida y sus palabras. Pero más que eso, lo que le interesa de verdad es la opinión de los que más le conocen y le quieren, la opinión de los discípulos que lo han acompañado tanto tiempo y han creído en sus palabras. En estos días en que el Papa visita Madrid, muchos opinan sobre la Iglesia. Los que más odian a la Iglesia aprovechan estos días para ridiculizar el seguimiento a Cristo. Muchos manifiestan su indignación por la presencia del Papa en Madrid. Sin embargo, lo que más le importa a Dios es lo que opinamos nosotros que estamos orgullosos de ser católicos y de seguir a Cristo. Lo que quiere saber es lo que nosotros respondemos a Jesús con la vida, no sólo con las palabras. La pregunta nos toca hoy en lo profundo del corazón a nosotros, que lo seguimos y decimos que lo queremos en la oración diaria. No obstante, nos preguntamos: **¿Quién es Cristo para nosotros? Nos gustaría responder desde el corazón. ¿Quién es de verdad? ¿Es el que gobierna y manda en nuestra vida?**

Tal vez nos llenamos muchas veces la boca hablando de Cristo, pero luego, nos cuesta vivir con el Señor presente en nuestro corazón. Como leía en una reflexión de Wanda en *«El diario de una amistad»* con Juan Pablo II: *«Tengo que hacer sitio dentro de mí misma para descifrar lo que quiere Dios de mí, tengo que dejar de querer cosas por mí misma. ¿Cómo puede encontrar la senda de Dios un ser humano que sólo presta atención a sus deseos?»*². Tal vez hoy, al pensar en esta pregunta de Jesús, nos damos cuenta del poco lugar que le damos a Cristo en nuestra vida, porque estamos llenos de nuestro egoísmo. Decidimos sin Él, actuamos sin contar con su voluntad, no lo buscamos y pensamos que está de acuerdo con la vida que llevamos. Tomamos decisiones sin contar con Él y esperamos que apruebe luego lo decidido. Hoy volvemos a plantearnos en serio la pregunta: **¿Quién es Cristo en nuestra vida?** Tal vez es sólo aquel que llega hasta nosotros cuando lo

² Wanda Póltawska, "Diario de una amistad", 117

necesitamos, cuando el dolor y la enfermedad nos incomodan, cuando nos cambian los planes. Tal vez lo hemos recluido en la sacristía y lo hemos postergado para la eucaristía del domingo. Sin embargo, cuando llega el momento de darle un lugar en nuestra vida, no tenemos tiempo para Él en nuestra apretada agenda. **Las cosas, el mundo y las preocupaciones llenan el alma y no nos dejan tiempo para lo importante.**

Estos días de la Jornada Mundial con el Papa hemos visto la vida que Cristo despierta en muchos corazones. ¿Quién es Cristo para tantos jóvenes que han venido a Madrid buscando a Dios? Es la pregunta con la que muchos regresan a sus casas. Hay cosas que nos gustaría cambiar porque sabemos que no estamos viviendo con la plenitud a la que aspiramos. Miramos hoy a Pedro y escuchamos: «*Simón Pedro tomó la palabra y dijo: -Tú eres el Mesías, el Hijo de Dios vivo*». Su respuesta nos conmueve. Acababa de empezar un camino que aun no había pasado por la cruz, por la muerte que abre el camino a la vida y ya era capaz de colocar a Cristo en el centro. Aunque es verdad que luego no va a comprender todo en su corazón de niño. En realidad, somos conscientes de lo lejos que estamos de tomarnos en serio a Cristo en nuestra vida. Quizás hoy exclamamos que sí, que lo seguiremos hasta dar la vida. Pero será más adelante, cuando Cristo decida pedirnos nuestra vida, nuestro tesoro, lo que nos ata, cuando tengamos que acompañar con hechos las palabras que proclaman nuestra fe. Esta reflexión refleja lo que con frecuencia nos sucede, que somos incoherentes: «*¿Por qué sabiendo lo que Dios quiere, sabiendo lo que es bueno, no soy capaz de hacerlo en su totalidad? ¿Por qué no soy capaz de actuar según lo que Él me dicta? Simplemente hay que esperar, nada más. Esperar rezando*»³. El deseo del corazón es hacer lo que Cristo nos pide. Queremos que Cristo se convierta en amo y Señor de nuestra vida. Pero muchas veces los actos no confirman nuestro sí. Queremos hacer el bien y nuestras obras están llenas de orgullo y odio. Nuestra **debilidad es manifiesta cuando nos alejamos de Dios, porque vemos que nos pide demasiado.**

Cristo nos desvela su deseo, la vocación que ha pensado para nosotros. Y lo hace sólo cuando le decimos lo importante que es Él en nuestras vidas: «*Jesús le respondió: - ¡Dichoso tú, Simón, hijo de Jonás!, porque eso no te lo ha revelado nadie de carne y hueso, sino mi Padre que está en el cielo. Ahora te digo yo: -Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y el poder del infierno no la derrotará. Te daré las llaves del reino de los cielos; lo que ates en la tierra, quedará atado en el cielo, y lo que desates en la tierra, quedará desatado en el cielo. Y les mandó a los discípulos que no dijese a nadie que él era el Mesías*». Mateo 16, 13-20. La misión de Pedro comienza cuando reconoce a Cristo como su Señor y se somete a su voluntad, cuando descubre que sólo Él debería tener un lugar en su vida. Entonces puede Pedro hacer suyas estas palabras: «*Ése es el problema de la humildad: reconocer que el camino de Dios es bueno, es único y que soy yo quien se equivoca. Y que es necesario amar sus caminos*»⁴. Pedro acoge el nuevo camino, la vocación a la que Cristo le llama. Lo hace con humildad, sin apegarse a sus deseos del mundo. Pedro responde con un corazón fiel, con un corazón de niño. Y acepta esa voluntad de Dios que no sabe cómo va a suceder en su vida. Decía el domingo Benedicto XVI: «*Hoy nos invita a tomar una decisión personal. Responded con generosidad y alegría*». Hace falta mucha docilidad, generosidad y humildad para obedecer a Dios. Nos cuesta ser dóciles, porque creemos que lo sabemos todo y Dios no lo sabe. **Hoy miramos a Cristo buscando esa docilidad fiel y alegre.**

Sin embargo, no basta con saber lo que Dios nos pide, hay que tener el coraje para ponerse en camino. Sabemos que el hombre duda y tiene miedo. Decía el P. Kenterich: «*¡Cuántos hombres hay en nuestras filas, que no toman ninguna decisión! Siempre encuentran una excusa para abstenerse de decisiones. Esperan y esperan. El sí tiene un sentido*

³ Wanda Póltawska, "Diario de una amistad", 141

⁴ Wanda Póltawska, "Diario de una amistad", 117

extraordinariamente profundo»⁵. Cuando no decidimos, cuando no nos arriesgamos a seguir totalmente a Jesús, la vida decide por nosotros; cuando no somos valientes nos acabamos quedando anclados en la posibilidad de llegar un día a cambiar el mundo. Tenemos que perderle miedo al futuro. Como decía el P. Kentenich, citando el pensamiento de una religiosa ante la voluntad de Dios: *«Pase lo que pase, el Padre del Cielo ya ha trazado el plan de mi vida, ya lo ha escrito. María lo guarde en su Santuario. Ella pliega sus manos en oración por mí. Sólo tengo que decir sí»*⁶. Cuando acogemos la voluntad de Dios en el corazón y reconocemos a Cristo como nuestro Señor, aprendemos a abandonarnos. Entonces la confianza frente a la crisis que vivimos, la confianza ante la vulnerabilidad de nuestra carne, nos ayuda a caminar con alegría. Si los cimientos están firmes en Cristo y en María, las tormentas y dificultades de la vida no nos impedirán seguir caminando. Nuestros cimientos están en Dios, no en nuestra pobreza. **Dios es el que nos conduce y nosotros sólo tenemos que dejar que Él nos lleve.**

Pero es verdad que necesitamos una fe sólida y muchas veces no la tenemos. Nos ha dicho Benedicto XVI: *«La fe no es fruto de esfuerzo humano, es un don de Dios, es iniciativa de Dios»*. Decía San Vicente de Paul, director espiritual de Santa Juana Francisca de Chantal, sobre la fe de esta santa mujer: *«Era una mujer de gran fe y, sin embargo, tuvo tentaciones contra la fe toda su vida. Aunque aparentemente había alcanzado la paz y tranquilidad de espíritu de las almas virtuosas, sufría terribles pruebas interiores. Pero en medio de tan grandes sufrimientos jamás perdió la serenidad ni cejó en la plena fidelidad que Dios le exigía»*. Estas palabras nos muestran cómo es el camino de los santos y las tentaciones que sufrió su vida de fe. Nunca es fácil vivir sin peligros y problemas. Sin embargo, los amigos de Jesús, los que han cultivado la intimidad con el Señor, saben avanzar en medio de la tormenta. Saben ser fieles a los valores del Evangelio. La cultura cristiana es capaz de transformar el mundo, pero el hombre rechaza su presencia como decía el Papa: *« No pocos, por causa de su fe en Cristo, sufren en sí mismos la discriminación, que lleva al desprecio y a la persecución abierta o larvada. Que nada ni nadie os quite la paz, no os avergoncéis del Señor»*. Necesitamos una fe que nos haga valientes y no permita que nos avergoncemos del nombre de Cristo. **Necesitamos esa fe audaz que vence en la persecución.**

En estos días miramos a María buscando su paz. Hemos celebrado esta semana la fiesta de la Asunción de Nuestra Señora. María asunta al cielo en cuerpo y alma es una señal luminosa, una luz que nos muestra el camino. Porque Dios la quiso tanto que la eligió, la acompañó y la quiso tener junto a Él por toda la eternidad. El otro día leía: *«Estaba en manos de Dios, en poder del amor divino, crearla tan pura, dado que ella era tan humilde. Todo es posible para Dios en el amor. Hoy reflexioné sobre el amor que Dios sintió por esa mujer y madre. ¿Qué personalidad tenía para gustarle tanto a Dios? La amaba tanto que se entregó a sí mismo y le entregó a su Hijo. Y continúa dándole más, amándola más»*⁷. El amor de Dios por María nos sobrecoge. La elección de esa niña pura nos parece un gran milagro. A todos nos gustaría parecernos a Ella. Para sentirnos tan amados por Dios como se sintió Ella, para sentir en el alma ese amor de predilección. Muchas veces nos sentimos demasiado lejos de María. La contemplamos radiante, como un gran signo de luz en el cielo, y nos vemos tan pecadores y sucios. *«Para el ser humano es más fácil ser consciente de sus pecados que de la grandeza de Dios»*⁸. Sentimos que María no querrá nunca quedarse a vivir en nuestra alma, pero no es así. Sabemos que a Ella nos tenemos que dirigir. Porque lo hemos escuchado: *«Pedirle amor a María es el camino más seguro, porque ese amor precisamente se hace realidad en Ella»*⁹. El amor infinito de Dios se hace carne finita en sus

⁵ J. Kentenich, "Niños ante Dios", 313

⁶ J. Kentenich, "Niños ante Dios", 315

⁷ Wanda Póltawska, "Diario de una amistad", 119

⁸ Wanda Póltawska, "Diario de una amistad", 134

⁹ Wanda Póltawska, "Diario de una amistad", 120

entrañas. Y la luz de Cristo se hace luz en el alma de María. Nosotros estamos llamados a ser parte de esa luz, a ser la corona viva de María en la tierra. Estamos llamados a ser como Ella, auténticos, puros, fieles, alegres. Queremos ser reflejos de la gracia de Dios en María. Ya nos lo decía el P. Kentenich: *«Yo puedo, quiero y debo ser, en virtud de esa Alianza de amor, un pequeño signo de amor. Si Ella es un gran signo de lucha y de victoria, yo también puedo ser un pequeño signo de lucha y victoria a mi manera»*¹⁰. Ella refleja la luz de Cristo para guiarnos en la oscuridad. No podemos pensar que María no necesita nuestro sí. **Vuelve a mirarnos con misericordia y espera nuestro sí alegre y dispuesto de hijos.**

La JMJ es la oportunidad para cuestionarnos sobre nuestra vocación. El otro día me decía una persona: *«Quiero saber qué es lo que Dios quiere de mí, cuál es mi misión. ¡Tengo una desesperación que no te puedes imaginar! Quiero dejarme de comparaciones y quiero que no me importe tanto sentirme amada. Quiero valorar todo lo que Dios me ha dado. Quiero saber quién soy y sentirme satisfecha conmigo misma. ¡Tantas veces siento que me desprecio!»*. El miedo a equivocarnos es fuerte, tan fuerte que nos gustaría saber el futuro y lo que nos espera. Me decían el otro día: *« ¡Como nos gustaría conocer ese plan divino para con nosotros, conocer sus objetivos y sus plazos! Pero, ¿acaso así reposaríamos tranquilos en el Padre? Conociéndolo, ¿no le pediríamos que si ese plan no nos gusta nos lo quite y si nos gusta que nos lo entregue cuanto antes?»*. Nos cuesta mucho vivir con confianza filial frente al futuro. A veces nos volvemos rígidos y no dejamos que el Espíritu guíe nuestros pasos. Nos gustaría saber qué va a ser de nosotros. Pero de nada nos valdría saberlo con certeza. Esos conocimientos no nos darían la felicidad ni la confianza. Es mejor confiar en Aquél que guía nuestra vida. María nos muestra siempre cuál es nuestro camino. Así lo explica San Maximiliano Kolbe: *«La voluntad de María es la voluntad del mismo Dios. Consagrándonos a ella, somos también, como ella, en las manos de Dios, instrumentos de su divina misericordia. Dejémosnos guiar por María; dejémosnos llevar por ella y estemos, bajo su divina misericordia. Dejémosnos llevar por Ella y estemos, bajo su dirección, tranquilos y seguros: Ella se ocupará de todo y proveerá a todas nuestras necesidades; Ella misma removerá las dificultades y angustias nuestras»*. María es nuestra educadora. Ella nos asemeja a Cristo y logra que nazca en nuestros corazones. Y de nuevo surge la pregunta: **¿Qué quiere Dios de nosotros? ¿Cómo y dónde quiere utilizarnos María como sus instrumentos?**

La pregunta de la vocación se despierta siempre de nuevo en los corazones jóvenes que están dispuestos a darlo todo por seguir a Cristo. Es necesario que nuestras palabras estén en consonancia con nuestros actos. De nada sirve decirle que sí al Señor, asegurar con palabras que Él es fundamental en nuestras vidas, que es el centro de nuestro corazones, si luego nos cerramos y no aceptamos su voluntad. Hacen falta muchos corazones jóvenes enamorados, corazones dispuestos a entregarse por amor y consagrar su vida a Dios con alegría. La Iglesia necesita santos nacidos en el Santuario, santos enamorados y fieles a María, santos convencidos de que la vida sólo merece la pena cuando se entrega sin miedo, sin reservas. Pero hay muchos jóvenes cristianos que tienen miedo de pensar que Dios pueda llamarlos a la vida consagrada. Han hecho sus planes, han construido su futuro y temen cualquier cambio en el itinerario. Muchas veces les da miedo rezar, porque no quieren saber lo que Dios les pide. Se cierran a la vocación porque tienen el corazón demasiado apegado a la tierra, a los placeres, a los bienes. Temen equivocarse y les asusta la soledad porque piensan que Dios no va a colmar sus anhelos. Hoy queremos pedirle a Dios que abra sus corazones, que los libere de sus miedos y permita que la llamada de Dios eche raíces en sus almas. Sólo así, libres de todas las cadenas, podrán seguir al Señor. **Y es que nuestro mundo necesita testigos fieles y santos de una vida entregada por entero al Señor.**

¹⁰ J. Kentenich, “Una señal en el cielo”, 203